LA NUEVA FUERZA

Son jóvenes, brillantes, buenos mozos y, sobre todo, ganadores. Son los nuevos campeones de las ideas conservadoras en América latina. Ahora con el título de liberales y un discurso que les permitió ganar el favor de amplios sectores populares en sus países, además del de los poderosos grupos económicos que los lanzaron al ruedo de la política, están a la cabeza de las encuestas preelectorales. Mario Vargas Llosa en Perú y Fernando Collor de Mello en Brasil configuran el resurgimiento de una derecha con votos que parece tomar distancia de los viejos vicios golpistas de sus antecesores. Como San Jorge con el dragón, con la divisa de la iniciativa privada y el capital atacan lanza en ristre contra el estatismo, la ineficiencia y la regulación de los mercados. Perú y Brasil parecían definitivamente en brazos de la socialdemocracia o de propuestas aún más a la izquierda pero la llegada de Vargas Llosa y Collor de Mello provocó un largo suspiro de alivio en los grupos conservadores. Hernán Büchi en Chile empezó con la misma ventaja pero su condición de ministro de la dictadura de Pinochet lo relegó a un segundo lugar.

Suplemento de Investigación y Reportajes de **Página/12**



Por Pablo Azócar y Francisco Mouat, especial de APSI desde Santiago, Chile



PERU

EL LIBRETO DE VARGAS LLOSA

El escritor no cree en las encuestas, pero las encuestas dicen que será el próximo presidente peruano. Niega ser derechista o conservador.

N*o le da miedo estar aspirando al "oficio más peligroso al que puede aspirar hoy un peruano", como lo calificó usted mismo?*

—Hay un cierto riesgo en esta actividad, pero creo que con la violencia que actualmente se vive en mi país todos los peruanos estamos expuestos a muchos riesgos, ¿no? De manera que procuro no pensar mucho en el miedo.

—¿No le resulta desagradable esto de vivir pegado a hombres de seguridad, armados, siguiéndolo a todas partes?

—Me incomoda mucho, desde luego. Mi vida ha sufrido en ese sentido un vuelco tremendo. He perdido prácticamente toda privacidad. Vivo inmerso en grupos de gente. Es un cambio radical en mi vida, porque yo llevaba desde hace ya bastantes años una existencia muy aislada; la existencia que lleva un escritor. Pero, al mismo tiempo, pues, una vez tomada la decisión, yo no soy una persona que le guste mucho mirar atrás, o empezar a quedar paralizado por dudas hamletianas. Este desafío conlleva ciertas características, y hay que aceptarlas.

—¿Usted anda con pistola?

—No, no llevo pistola. ¡Y además soy muy mal tirador! Cuando estaba en el Colegio Militar, creo que fue la última vez que disparé en maniobras, quedé como un cadete de muy mala puntería. De modo que creo que si llevara pistola, sería de todos modos bastante inútil en caso de necesidad.

—¿Tiene pesadillas? ¿Ha soñado, por ejemplo, que lo matan?

—No, no pienso en eso. Yo tengo otro tipo de preocupaciones. Cuando uno asume una responsabilidad de esta naturaleza, pues bueno, hay que preguntarse si uno va a estar verdaderamente a la altura. Sobre todo porque en el Perú esto ya ha tomado unas proporciones considerables: hay mucha gente que tiene puesta su fe en lo que estamos haciendo en el Frente Democrático. Bueno, esa responsabilidad sí me angustia, cómo no. Sería un irresponsable si no sintiera una cierta angustia frente a eso, ¿no? Ahora, sobre el riesgo físico, en el Perú nos hemos ido acostumbrando a vivir con la inseguridad, especialmente en los últimos años; ella forma parte de nuestra realidad, es un ingrediente de nuestra experiencia cotidiana, hagamos política o no.

—Una encuesta reciente reveló que en Perú, en caso de producirse un acto de violencia política, el 60 por ciento de las personas pasaría de largo y no haría nada; y sólo un diez por ciento de ellas se sentiría interpelada a hacer algo, a condenar el acto, a defender a la víctima...

—Hay siempre un margen muy grande de error en ese tipo de encuestas. Yo no les creo a pie juntillas. Ahora, si esa encuesta es cierta, creo que la lectura que habría que darle no es la indiferencia ni el egoísmo de esa gran masa de personas, sino más bien un escepticismo respecto de las instituciones para corregir las deficiencias que tiene la realidad. Eso sí existe en el Perú. No creemos en las instituciones, no creemos en las leyes. Tenemos mucho escepticismo de que las instituciones y las leyes sirvan para aquello que han sido creadas, porque las leyes están allí, pero constantemente son vulneradas, violadas, y eso crea un escepticismo. Creo que éste es un problema que el Perú comparte con muchos otros países de América latina y del Tercer Mundo.

—¿No le incomoda vivir en un barrio, en la zona de Barranca, que se cierra en la noche para que no entren "los malos"?

—¡Eso no es verdad! (ríe). ¡Esa es una caricatura! El mío es un barrio que está abierto como cualquier otro barrio de Lima. No hay ningún barrio que haya conseguido verdadera protección en las casas, inmunizarse del riesgo de la violencia política o social.

—¿Usted tiene claro qué haría si Sendero Luminoso tomara Lima?

—No creo que esa hipótesis tenga ninguna posibilidad de materializarse en un futuro inmediato. Sendero Luminoso causa mucho daño, mata mucha gente, destruye mucha obra pública, porque es gente muy motivada, gente que tiene una visión muy fanática de aquello que hay que hacer y está dispuesta a hacerlo. Pero Sendero Luminoso son muy pocos peruanos. La inmensa mayoría de los peruanos está absolutamente en contra de esto y aspira a tener una vida decente. Claro, Sendero puede mantener este estado de cosas, la zozobra y la inseguridad, pero de ahí a que pueda llegar a tomarse el poder, no, ésa es una hipótesis completamente quimérica.

—En marzo de 1987 El Mercurio publicó una información donde usted decía que la mayoría de las universidades estatales latinoamericanas se han convertido en "un nido de fanáticos que engendran el odio y la violencia". ¿No le parece un poco exagerado eso? ¿Afirmaciones como ésta no corren el riesgo de emparentarse con el discurso militar sobre la materia?

—Mi frase no puede haber sido nunca de ese tipo. Yo no he hecho jamás una generalización así. Lo que he dicho es que las universidades nacionales en América latina viven una crisis muy profunda, y que una de las razones de esas crisis es un cierto tipo de politización. Yo estoy a favor de que en las universidades se haga política, pero una política que coincida con lo que debe ser la esencia de la universidad; una política que signifique debate intelectual, cotejo de ideas, diálogo con la comunidad política, creación de formas políticas. Pero en muchas universidades latinoamericanas se mantienen vivos modelos apocalípticos de transformación social que están en la base de movimientos como Sendero Luminoso. No olvidemos que Sendero nació en una universidad, la de Ayacucho, y que sus fundadores fueron catedráticos, hombres con una formación académica. Este es el tipo de situación que ha llevado a muchas universidades nacionales a un estado verdaderamente comatoso, crítico. Y entonces han surgido las universidades privadas, que reclutan sus estudiantes en sectores sociales que tienen determinados privilegios económicos, lo que va en contra de la esencia de lo que debería ser una educación universitaria democrática. Entonces, hay que devolverle a la universidad su función básica; que además de formar profesionales sea como una especie de corazón de la sociedad. Esto, desgraciadamente, ocurre poco en las universidades latinoamericanas. Pero el discurso militar no tiene nada que ver con eso. Yo no sé cuál es el discurso militar sobre la materia, pero no es función de los militares opinar sobre la universidad.

—Cuando se empezó a hablar de que usted iba a ser candidato a la Presidencia de la República, más de alguno pensó que eso podría terminar como lo de Pedro León Zapata, el humorista venezolano que el año pasado, cuando vio que su candidatura tomaba cuerpo, abandonó. Pero ahora uno ve que usted ha asumido el rol de político, ¿no?, un político de tomo y lomo.

—Yo no soy un político profesional. Soy un primerizo en política, soy completamente improvisado en esta actividad. No lo estoy haciendo por razones políticas ni por apetito de poder, porque mi vocación es la literatura y a estas alturas ya estoy viejo para cambiar de vocación. Estoy haciendo política por razones más bien éticas: creo que en la situación que atraviesa hoy mi país hay que participar de una manera muy activa, sobre todo si uno tiene determinadas convicciones y piensa que es fundamental que el sistema democrático que tenemos en el Perú no colapse por deficiencias o incapacidad para satisfacer la aspiración de la mayoría de los peruanos. Sacar al Perú del subdesarrollo terrible en que se encuentra es un necesidad de características dramáticas, y lleva a una verdadera emergencia. Y entonces se ha producido una movilización que a mí me parece muy útil, muy valiosa, para hacer frente a ese problema. Y sería muy deshonesto de mi parte, después de haber propiciado esa movilización, quitar el cuerpo cuando llega la hora y jugar al capitán Araya, que embarcó a todo el mundo y se quedó en la playa.

—Alguien dijo que usted ha pasado de ser el Flaubert de las letras peruanas a ser el Julio Iglesias de la política peruana.

—¡Mis enemigos dicen cosas peores que ésa! Esa es todavía una afirmación galante.

—¿No resulta incomprensible que usted se postule a la presidencia en alianza con la derecha peruana, que es considerada una de las más rígidas del continente, que ha demostrado escaso apego al sistema democrático y que ha estimulado sin miramientos la impresionante desigualdad económica imperante en su país?

—No. Ese no es el caso del Partido Popular Cristiano. No es una derecha antidemocrática. Es una derecha que en algunos casos es conservadora, que no es reformista, que no está por transformaciones profundas, pero los sectores que están en el Frente Democrático son partidos que en ningún momento de su historia han hecho causa común con los enemigos de la democracia en el Perú. Han estado en contra de las dictaduras militares y también, por supuesto, han estado en contra de los grupos extremistas de izquierda. Ahora, que haya, en lo que respecta a la cultura o al modelo económico, actitudes conservadoras que no son las mías, sí, es verdad, pero la situación del Perú es demasiado grave y no la puede resolver una persona sola ni un partido solo. De tal manera que una coalición ancha nos pareció a un gran número de peruanos, pues, indispensable. Mi esperanza es que la corriente verdaderamente reformista, transformadora, tenga el protagonismo en esta coalición. Y hasta ahora va ocurriendo así.

—Usted insiste en que no se entiende bien con el poder y que esto es para usted un sacrificio, pero que hay que "salvar al Perú"...

—No lo he dicho de esa manera, porque con eso parecería que yo me presento como una especie de redentor sacrificado. No, ese tipo de imágenes jamás las he empleado. Estoy en esto porque creo que es necesario en este momento, en el Perú, intentar una transformación profunda, dentro de la legalidad democrática que ya tenemos, pero que hasta ahora no resuelve los problemas económicos y sociales de nuestro país. Y ha surgido una movilización muy interesante en la sociedad peruana, que quiere un cambio, que quiere reformas muy profundas, no en contra, sino dentro del sistema democrático, y las circunstancias me han empujado a un rol de liderazgo. Estoy consciente de que esto sólo podrá materializarse si se da un trabajo de equipo, de una manera moderna, anteponiendo el profesionalismo, la técnica y





una visión científica al ideologismo, y aceptando la delegación de poderes y de atribuciones. Esto es algo que está totalmente reñido con la idea misma de caudillismo, una idea que a mí íntimamente me repugna. Entonces, sí, yo le tengo mucha desconfianza al poder, y desde que estoy haciendo política más que nunca, porque me doy cuenta hasta qué punto el poder es corruptor; saca lo peor que hay en la naturaleza humana. Y precisamente por eso creo que la democracia es tan importante.

—Hernán Büchi fue hace poco a Lima a verlo a usted. En Chile se habló bastante de esa visita, y alguna prensa incluso los presentó como que ambos estaban en la misma ruta, que ambos tenían contradicciones vitales, en fin...

—¡Büchi corre bastante más que yo!

—¿Y usted se puede comparar con Büchi? ¿Le merece confianza?

—No, yo no puedo compararme con Büchi, aunque creo que en lo que se refiere a modelo económico hay algunas coincidencias. Ahora, sin que esto signifique entrar en lo que es la política interna chilena, algo que no me corresponde hacer precisamente porque soy candidato a la Presidencia del Perú, mi posición ha sido siempre muy clara en todo lo que se refiere al sistema democrático. Yo defiendo las libertades económicas como un complemento de las libertades políticas; es decir, en ningún caso admito siquiera la idea de que ambas pudieran disociarse. Las libertades económicas, para mí, deben resultar de un mandato popular, deben ser elegidas por el pueblo, para que puedan legítimamente convertirse en política de gobierno. Esa es mi posición. Ahora, yo no puedo entrar realmente a escarbar en la intimidad de las conciencias, ni de Büchi ni de ningún chileno, porque no es mi función y tampoco creo que sea pertinente que yo, precisamente, porque ahora estoy jugando un rol político en mi país, deba hacerlo. Mi posición sobre la democracia creo que es bastante clara. Igual cosa con lo que es la democratización en Chile. Mi posición sobre lo que fue la dictadura chilena creo que también ha sido muy explícita y muy clara, sin que sobre esto pueda caber la más mínima duda. Ahora, no me pida usted que opine más, porque si yo llego a ser Presidente del Perú, yo quiero llevarme bien con quien sea Presidente de Chile; ¿no es verdad?

—Si tuviera que hacer una semblanza del general Pinochet, ¿como lo titularía?

—Mire, no quiero que me boten de este país donde estoy siendo recibido tan simpáticamente, así que no me haga esas preguntas (ríe).

Fernando Collor de Mello fue modelo publicitario, intendente nombrado por los militares brasileños y gobernador del pequeño estado de Alagoas. Irrumpió en la campaña electoral cuando los candidatos de la izquierda se consideraban seguros ganadores y en poco tiempo consiguió ubicarse a la cabeza de las preferencias electorales. Su discurso es ambiguo, pide que no lo dejen solo y promete "reventar las urnas de Collor".


AFP

BRASIL

COLLOR LIBERAL

Por Norma Morandini, especial desde San Pablo

Tiene cuarenta años. Y esto se exhibe como su mejor cualidad. Como si la juventud, por sí sola, fuese garantía de buenos gobernantes.

Dice que quiere ser el Kennedy brasileño, pero, en realidad, parece un Janio Quadros más joven. El polémico presidente que renunció a pocos meses de asumir como el más votado de Brasil, en la década del sesenta.

Como aquél, Fernando Collor de Mello, el candidato presidencial brasileño al frente de todas las encuestas, se presenta como un vengador, dispuesto a terminar con "isso tudo que está aí", la genérica frase que repiten los que prometen votar por Collor. En general, los sectores más humildes, cansados de los políticos que cazan votos a cambio de empleos y favores. "Eles", como popularmente se nombra a los diputados, ministros y gobernadores sobre los que caen las iras del país.

En las encuestas callejeras, las tertulias de amigos, las caricaturas y los editoriales de los diarios, y hasta en los sermones de las iglesias, los brasileños se manifiestan cansados de la corrupción política, los privilegios de los políticos, las "mordomias". Una palabra derivada de "mordomo" (mayordomo) acuñada por el periodista Ricardo Kotcho que en la década del setenta desveló el estilo cortesano y fastuoso de diputados burócratas, y ministros que viven en Brasilia, la moderna y aislada capital del país. Esa "nomenklatura tropical", de superfuncionarios bautizada por la alegre irreverencia de Brasil de "marajás". Esos burócratas del Estado que ganan salarios que equivalen a diez mil dólares, en un país en el que la inmensa mayoría no alcanza los cien.

Collor de Mello ha sabido sacar partido de ese sentimiento. Se presenta como un "antipolítico", aunque pertenezca a una de las familia más tradicionales de su estado, Alagoas, uno de los más pobres y violentos del país, y su pasado político esté íntimamente ligado a los vaivenes del régimen militar. Fue intendente "biónico", como se les llama en Brasil a los que fueron designados directamente por los militares. Perteneció al partido que sustentó la dictadura, se opuso a las elecciones directas de presidente, reclamadas por multitudes en todas las plazas del país. En el colegio electoral votó al impopular Paulo Maluf, una especie de "anticristo" en contra de la movilización nacional a favor de Tancredo Neves, el presidente que murió antes de asumir.

En un país en el que se cambia de adscripción política como de corbata, y los partidos actúan como frentes electorales que se modifican con cada elección, Collor de Mello con los aires democratizadores se pasó al mayor partido de la entonces oposición. Así resultó uno de los 22 gobernadores elegidos por el PMDB.

Vicecampeón brasileño de karate, también fue modelo y paseó en la pasarela su 1,82 m en los desfiles organizados por la es-

NUEVA DERECHA

GUERRA AL ESTADO

Especial de Nueva Sociedad, *desde Caracas.*

Un fantasma recorre América latina, pero en vez de provocar espanto tiene numerosos seguidores, y los que deberían preocuparse por su auge parecen no haber tomado nota del mismo. Se trata de la Nueva Derecha, que bajo distintas formas insurge en los países de la región, buscando su legitimación en las urnas y en la cátedra, antes que por la vía del golpe militar —como ocurría hace algunos lustros—, cuando ése era el único recurso al que se acudía para imponer los postulados conservadores.

Si son numerosos los "anti" que definen el perfil de la Nueva Derecha (anticomunismo, antipopulismo, antitercermundismo, antisindicalismo...), no hay otro tan próximo a la unanimidad entre sus diferentes corrientes como el *anti-estatismo*. A partir de denuncias genéricas sobre "ineficiencia" y "corrupción", los neoliberales pretenden reducir el papel del Estado al mínimo, en cualquier terreno, aspecto en que han llegado a exageraciones increíbles, en un intento constante de "privatizar" cuanta institución o actividad bajo tuición estatal les permita el resto de la sociedad.

Paradójicamente, su sector primario de apoyo, el de los grandes negocios, ha dependido históricamente en América latina del sostén del Estado para su desarrollo.

Un cierto *fetichismo del mercado* se ha ido extendiendo paralelamente entre vastos sectores de la opinión pública, al compás de la prédica neoconservadora, que pretende convertir en ***gran regulador*** de la actividad económica de nuestros países al mercado, así sea éste más imperfecto aún que el Estado que se pretende sustituir. Un mercado —como los nuestros— en que la libre concurrencia es escarnecida por monopolios y *trusts* todopoderosos, o por la presencia abrumadora de las trasnacionales, u otras fuerzas fuera de control, debería ser —según la Nueva Derecha— el depositario de la confianza de toda una nación para "asignar los recursos" y dirimir los conflictos de intereses, con prescidencia de "sentimientos" y de solidaridad social frente al desempleo masivo, los abusos y los déficit de todo tipo que produce este ente intangible, objeto de la adoración neoderechista, en cualquier lugar en que se lo deje extender libremente sus "potencialidades". Pero la Nueva Derecha —cuyos afanes modernizadores dentro del capitalismo nadie podría desconocer— no agota su presencia en los linderos del *laissez faire* mercantilista: está presente hoy en los más altos niveles de decisión de los Estados latinoamericanos, a través de una *tecnoburocracia* de alta especialización, que trata de resolver las complejidades de nuestro desenvolvimiento al margen de toda "presión social" (léase *popular*), aislando los problemas a resolver de su componente esencial, y apegada a soluciones contables —o monetaristas— adoptadas por expertos. Muchos de sus integrantes han sido ganados por las ideas neoliberales (técnicamente renovadoras), predominantes en la actualidad, por sobre sus adscripciones originales a corrientes "estatistas" o "socializantes" (keynesianas o marxistas) durante su formación universitaria.

El mundo académico, asimismo, y en general los intelectuales, también han sido penetrados por el neoliberalismo, en parte por la exaltación de un rol elitista que esta ideología conlleva, en parte por las decepciones concomitantes a un mejor conocimiento de los modelos reales de "socialismo" existente, en parte por el impacto de las dictaduras de ***seguridad nacional***, que hacen aparecer a la Nueva Derecha como una solución más "civilizada" y, sobre todo, "la única posible" para enfrentar la crisis actual.

Los militares mismos están desde hace tiempo ganados por las ideas neoliberales, en lo que a economía se refiere, pero la Nueva Derecha toma distancia del recurso a las bayonetas, y desde México a Chile parece inclinarse ahora por la conquista del electorado.

La Iglesia, luego, o mejor dicho, las iglesias, han sido también conmovidas por el discurso neoderechista, que se apoya en sectas protestantes de origen estadounidense promotoras del "apoliticismo", cuando no logra alcanzar las cimas de las jerarquías católicas, que resisten —muchas veces— tanto a la Teología de la Liberación como a los neoliberales.

Podrían añadirse otros sectores entre las bases de apoyo y difusión de la Nueva Derecha latinoamericana, pero obviamente la fundamentación social de la misma se encuentra en los grandes grupos económicos privados, cuyo afán consustancial de influencia sobre los asuntos nacionales ha encontrado una vía de modernización y eficacia a través de las formulaciones teóricas y políticas de este neoconservadurismo rampante. Tal vez con una o dos décadas de retraso en relación con los industrializados, emerge hoy en muchos de nuestros países dispuesto a tomar la conducción.



posa del ex presidente general Costa e Silva.

Se presenta como un "salvador de la Patria", eludió todos los debates televisivos con los otros candidatos. Utiliza en los discursos frases más mesiánicas que políticas. **En la propaganda electoral las dos "LL" de su apellido están pintadas de verde y amarillo, como los publicistas de Carlos Menem pintaron la bandera argentina en el palito de la "n". "No me dejen solo", pide en los actos partidarios, y aparece, desde hace tres meses, al frente de todas las encuestas de opinión pública.**

Pero este "cazador de marajás" que creó su propio partido, cuyo nombre tiene resonancia moralizadora: "De la Reconstrucción Nacional", no escapa a las denuncias de corrupción. Sus adversarios lo acusan de haber nombrado, el último día de su mandato como gobernador, a cinco mil nuevos funcionarios. El actual ministro de Salud de Alagoas descubrió que el ex gobernador, en plena euforia del Plan Cruzado (el Austral tropical), desvió dinero para comprar 97 automóviles, que no fueron al gobierno. Igualmente, se le acusa de haber concedido créditos a los "usineros", los dueños de los ingenios, que se comprometieron a pagar con tierras una deuda con el Estado, lo que nunca sucedió. Las denuncias, también, abarcan el período en el que Collor fue intendente de Maceió, la capital de Alagoas.

"Ese candidato que se presenta como nuevo es el representante de lo más viejo de Brasil", comentan los que observan el fenómeno de popularidad del joven candidato, que como todos los latinoamericanos sueña con ser el Felipe González del trópico. Con una de las tres mayores redes privadas de televisión, de la poderosa *Globo*, apoyando al candidato, la popularidad de Collor es interpretada más como un fenómeno electrónico que político.

Asustados por el crecimiento de los partidos de izquierda, el "trabalhista" de Leonel Brizola, y el PT de Inacio Lula, los sectores más conservadores respiraron aliviados con el surgimiento de Collor. Y el joven candidato pasó a ser el protagonista casi exclusivo de la poderosa red de Roberto Marinho.

Compaginadas con prestidigitación, las imágenes de televisión se pusieron al servicio de este candidato-vengador. El apoyo de la *Globo* es ostensivo. Roberto Marinho, el hombre más poderoso de Brasil, apostó todas las fichas a ese candidato que promete acabar con la corrupción.

"Curiosamente, en el primer lugar tenemos un político que representa la corriente autoritaria de Brasil. El mismo pueblo que por millones llenó las plazas públicas, para espanto de los militares, ahora está haciendo el camino de vuelta del autoritarismo", reflexiona el conocido columnista Tarcisio de Hollanda.

¿Cómo se explica semejante retorno?

Los políticos brasileños, con sus promesas electorales incumplidas, su obsesión por contar votos, y la retórica política como sustituto de las acciones, son los que explican mejor que nadie la popularidad de Collor de Mello. Un fenómeno que no es ajeno a los otros países que estrenan gobiernos democráticos con vicios políticos viejos.

En la Argentina, los políticos no cambian de partido como en Brasil, pero sí cambian de ideas. Lo que ayer prometían para cazar votos, más tarde niegan en nombre de las razones de Estado, tan incomprensibles para las simples razones de los electores.

Pocos años atrás, la crítica a los políticos era patrimonio casi exclusivo de los militares, lo que, paradójicamente, protege a los políticos en la democracia. No se los censura para no confundir las críticas con las razones de aquéllos, que en su nombre dieron los golpes de Estado, y terminaron con la democracia. Sin embargo, las críticas abortadas se transforman, más tarde, en castigos electorales. ¿O puede haber castigo mayor para un político que ser derrotado por aquel que dice que no lo es?

Corresponsal de las publicaciones españolas Cambio 16 y Diario 16 de España.

CHILE

AFP



BÜCHI ES EL HOMBRE DEL GENERAL

Por Sandra Russo

Aunque es un claro exponente de la nueva derecha latinoamericana —sobre todo de esa derecha históricamente nueva, más ligada a grupos empresarios nacidos en las décadas pasadas que a las derechas políticas tradicionales—, Hernán Büchi está siendo maltratado por las encuestas, y hasta el mismo general Augusto Pinochet reconoció esta semana que es probable que sea "otro caballero" el que lo suceda tras las elecciones del 14 de diciembre. El primer intento de Büchi —proponerse como un candidato de derecha despegado del régimen— fracasó por rencillas internas y porque siete años al servicio de Pinochet no se esconden fácilmente. El atlético ex ministro de Hacienda debió aceptar ser el delfín del régimen, y está en tránsito hacia el segundo fracaso.

Los últimos sondeos lo ubican casi veinte puntos abajo del democristiano Patricio Aylwin, quien se presentará como candidato único de la oposición. El martes pasado, por primera vez, Pinochet admitió la posibilidad de una derrota oficialista el 14 de diciembre.

A esta instancia Hernán Büchi llegó después de muchos tropezones y cambios de pareja. Quienes primero repararon en él y se lanzaron a una espectacular campaña bajo la consigna "Büchi es el hombre", eran allegados a la derecha política chilena; como Sebastián Piñera y Andrés Allamand. Intentaron poner en práctica una estrategia novedosa: ubicaron a Büchi en el lugar del objeto deseado y convocaron a los chilenos a reunir miles de firmas para "convencer" al ministro de Hacienda que para ese entonces —principios de este año— coqueteaba, decía que sí pero no. Finalmente, Büchi sorprendió renunciando a su candidatura. Los entretelones de ese episodio nunca llegaron a saberse. Hay quienes sostienen que el Büchi de esa etapa estaba distanciándose demasiado del general y que Pinochet todavía soñaba con postularse él mismo. Se cuenta, en Chile, que la gente de la CNI (Central Nacional de Inteligencia) llegó a *apretar* a Büchi mostrándole u... pediente con fotos y documentos sobre su confusa vida privada —una mujer legítima para la vida pública y otra novia oficial para el weekend— para obligarlo a desistir de esa candidatura.

Sin embargo, dos meses después, Pinochet ya había reflexionado lo suficiente y estaba seguro de una derrota si él era el candidato. Apeló entonces a su ministro de Hacienda, que seguía siendo "el hombre". Büchi se convirtió, con su propio visto bueno, en "la estrella" del régimen: miles de afiches comenzaron a mostrarlo casi enceguecedor, y ostentando su estilo de siempre.

El "estilo Büchi" es una extraña mezcla de eficacia y transpiración apolítica. Como rompiendo estereotipos que hacen del buen alumno en matemáticas un pésimo centrofoward, Büchi reúne en su anecdotario personal decenas de historias que transgreden esos moldes. A su título de ingeniero en minas le sumó luego varios masters y posgrados en universidades tan prestigiosas como la de Columbia, donde incluso ganó una medalla por mejor promedio pero no fue a recibirla para no tener que "disfrazarse" con la toga. La fama le venía de antes: se cuenta que se paró a los cinco meses de edad, que caminó a los ocho y que aprendió a leer a los cuatro años. Pero lejos de ser un típico tragalibros, el Büchi de la leyenda-campaña electoral corre quince kilómetros diarios, escala montañas —en enero trepó el Aconcagua—, practica aladeltismo y desdeña a los guardaespaldas: ya en sus épocas de ministro, se lo veía dar zancadas por la calle, ligeramente despeinado, y subir los once pisos de su despacho a trote suelto.

Pese a la fascinación de la imagen-Büchi y a los dos millones de dólares que están en juego en su campaña, el electorado chileno está más empeñado en votar que en comprar. Son los propios publicistas los que afirman, sin embargo, que "nadie compra por lo que es, sino por lo que promete hacer por el que lo adquiere". Millones de chilenos parecen estar más interesados en la política que en el andinismo.